

# Las mujeres de Alarcón

---

Conferencia leída en el Ateneo  
Hispano-Americano el 4 de  
agosto de 1915.

Señoras y Señores:

Si a juzgar fuéramos las cosas del más allá, con el estrecho criterio con que analizamos, ponderamos y fallamos los asuntos de este mundo sublunar, diríamos que esta noche cumplen 277 años que el emperio engalanó cámaras y estrados, y sus músicos templaron rabeles y añafiles, y los habitantes del inmortal templo vistieron sus áureas vestiduras para recibir dignamente al alma de quien mientras peregrinó por los campos del arte dramático, los fué embelleciendo con las esquisiteces de su talento, con las severas moralidades de su musa, con la inimitable perfección de sus rimas, con la fresca, y sana, y robusta lógica de su labor escénica; que aun los dioses y los héroes, y los ingenios, al dejarle a la tierra su carnal vestidura, y con ella comprensibles recelos y disculpables envidias, purificados de toda pasión malsana, han de batir palmas cuando al célico alcázar llega quien señaló con lumbraradas de acierto su paso por el mundo terrestre, y han de sentirse ansiosos de hacerle olvidar, con leales agasajos, las inherentes torturas a la vida mortal.

Este Ateneo Hispano-Americano, lonja de entusiastas partidarios de los artistas del habla hispana, por iniciativa del docto y elocuente Dr. Mario Saénz, recordando el ani-

versario de la muerte del mejicano ilustre D. Juan Ruíz de Alarcón, ha querido evocar con esta velada la memoria del insigne dramaturgo; acierto feliz al que sólo podéis oponer un reparo, el que se me designase para rememorar de nuevo la simpática figura de aquel varón, si de cuerpo deforme, de sano corazón y alma noble, de aquel eminente dramaturgo hijo predilecto de Talía, que por sus propios y no disputados méritos, se sienta en una de las contadas sillas curules que rodean el apolíneo trono, pudiendo mirar, sin sonrojo, y cara a cara, a Eurípides y a Esquilo, a Plauto y a Terencio, a Schakespeare y a Goethe, a Corneille y a Racine, y a Lope, y a Tirso y a Calderón, y a Guillén de Castro, que con todos ellos puede codearse, y de cuales ingénios, en grado mayor o menor, se encuentran reminiscencias o anticipos en la total labor del sin par americano.

Ya puesto en el trance, si halagador para mí, un tanto pesado para vosotros, de entreteneros un rato, y digo pesado, porque si no fuí en años más mozos artífice hábil en la difícil tarea de amenizar disertaciones, hoy, nevada ya la cabeza y quizás por ello acrecentado el convencimiento de la pequeñez de mis luces, por imposible juzgo atraer esta noche vuestra benévola atención. Mas como no fué posible rehuir el compromiso, dí con asunto que tal vez pueda agradaros, asunto que me permitirá ir colocando en la monótona hojarasca de mi oración, perfumadas flores del jardín alarconiano; he de tejer el ramo con rebuscada habilidad, a fin de que los seductores matices de las flores que pienso recoger, logren ocultar por completo los alambres y las hojas sobrado descoloridas de mi personal estilo.

Mi tema: *Las mujeres de Alarcón.*

Nadie que yo sepa, Sras. y Sres., ha acometido el tentador estudio de la mujer en el teatro del siglo de oro; ningún crítico, y a fe que los hay expertos y sagaces en los tiempos que alcanzamos, se ha impuesto la seductora tarea de comparar entre sí las mujeres de Lope, de Tirso, de Calderón; sabemos, con conocimiento hartó superficial,

que fué la creada por Lope, apasionada y afectuosa, la de Tirso más dada a travesuras y argucias; la de Calderón, altiva, orgullosa, pero casi siempre infeliz. De las tres, sin embargo, la que mejor conocemos hoy es la de Tirso, gracias a la docta pluma de una dama, gloria de la moderna literatura española, de D.ª Blanca de los Ríos de Lampérez, en cual espíritu se funden las delicadezas propias de su sexo con las profundidades y valentías, patrimonio exclusivo, al decir de algunos, de los cerebros masculinos.

¿Por qué tal disparidad de criterio, al esbozar las heroínas, entre los tres colosos de la dramaturgia hispana? ¿Por qué para Lope, gentil y afortunado amador, es la mujer en general, tierna y suave, manantial de castos placeres, y es para el austero Tirso, para este virtuoso mercenario, en no pocas ocasiones, fácil y coqueta, fuente de desventuras y viviente archivo de picardías fraguadas algunas a espaldas de la moral? ¿Por qué el severo autor de *La vida es sueño*, después de hacer el más cumplido elogio de las descendientes de Eva, en aquellos esculturales versos, dignos de que se burilen en los cerebros de todos los hombres de todos los países,

¡Mujer! que aqueste nombre

es el mejor requiebro para el hombre nos la presenta agobiada por el peso de hirientes suspicacias fraternales o de excesivas crueldades paternas?

Al pretender contestar a tales preguntas, héme dado en sospechar que dos pueden ser las causas que influyeron en tal disparidad de concepto: una, el temperamento personal y aún la vida íntima de cada autor; otra el hondo problema, nunca resuelto acertadamente, que plantea el corazón femenino. Con haber adelantado tanto en pocos años la psicología experimental, el menudo análisis de las más diminutas sensaciones ¿sabemos por ventura, cómo es la mujer de hoy? ¿A quién le es dado penetrar en el femenino sér, para ahondar en su psiquis, a fin de admirar sin sombra de recelo, primero su corazón, y recrearse después con mística complacencia en los ensueños de la vírgen, las ternuras de la esposa, las delicadezas de la madre?

¿Quién por sabio, por filósofo que sea no cae rendido ante la enloquecedora mirada del sér amado, sin sospechar que aquel rayo de luz que da la vida, y en el que juguetean soñadas venturas, puede trocarse en la espeluznante centella de los celos, cuando no en la mirada fría y desdenosa que aniquile y troce la felicidad del hogar?

Se ha asegurado que Tirso conoció el amor como un entretenimiento, mientras que fué un culto en Lope y Calderón. El primero estudió a la mujer en los libros, — no en el confesonario como se supuso un día — desde la severa soledad de su convento; los segundos, más en contacto con ellas, las trocaron en documentos humanos, estudiándolas según su modo de sentir, y si las falsearon a veces culparse debe a las costumbres de la época, a libertades que estaban en el ambiente y a exageraciones de honor, que el mismo catolicismo, a pesar de su austeridad, no ha podido aplaudir.

Hago gracia a mis oyentes de los datos biográficos del autor en quien nos ocupamos, por suponerlos lógicamente harto conocidos; mas el recordarlos, bastará para colegir que Alarcón debía tener de la mujer un conocimiento harto imperfecto. Su poco apuesta figura, y como derivado comprensible, su natural timidez, al alejarle de saraos y tertulias, privaba a su dramática musa de uno de los más valiosos elementos, la propia observación; pero conocedor de la labor escénica de sus competidores, de las costumbres de su tiempo, que por razones de su oficio conocía bien, y del ambiente de su siglo, su genio suplió con creces el estudio del documento humano; y así, acallado un tanto el ímpetu del misticismo, alma, según la Sra. de Lampérez del Renacimiento, la musa de Alarcón, moralizadora sin las severidades del ascetismo, dió vida a seres reales, a personajes que se agitan y bullen en los tabladros, ya fijos ya ambulantes, con las mismas virtudes y vicios que aquel siglo mostrara a filósofos y pensadores. A pesar de ello, nuestro poeta, pulcro y bonísimo por temperamento, no nos describirá deslices tan atrevidos como el de la reja en *Amar por razón de Estado* del malicioso Tirso; sus galan-

teos son cortesanos; sus discreteos delicados y finos; por rara casualidad se tropieza en sus obras con algo que no esté muy de acuerdo con lo que el decoro impone a la mujer honesta; y es que el ingenio del dramaturgo mejicano, no se desvía casi nunca de la línea que se trazara, la de adocrinar deleitando, la de que sea el teatro escuela de sanas y moralizadoras costumbres. Alejándose, pues, por igual, de quienes ensalzaban en demasía a la mujer y de quienes por severidad de escuela, sin piedad la fustigaban, se queda en el justo medio, y así la *Jacinta de La verdad sospechosa*, se nos muestra oportunista, con una idea fija, la de casarse, y por ella dominada, sabe ahogar impulsos del corazón, en tanto que la *Leonor de Mudarse por mejorarse*, bruñido espejo de las damas más sobresalientes de nuestro teatro, atrae y cautiva por la gracia de su juguetona conducta y la irrefragable lógica de su argumentación.

La *doña Ana de Las paredes oyen*, arquetipo es de nobleza, como ejemplo de simpática travesura la *Ardenia de El desdichado en fingir*; y si es sobrado convencional el tipo de *doña Inés de El examen de maridos*, en cambio raya en lo sublime, en el verdadero tipo de la mujer grande y fuerte, la *Teodora de El tejedor de Segovia*, bastándole una pincelada para retratar tan descollante figura. Y con decir lo que atropelladamente queda expuesto, claramente se ve que el privilegiado talento de Alarcón se apartaba del tipo femenino convencional, y lo creaba multiforme, variado, según las situaciones por él ideadas. No es, ni se propuso ser un psicólogo femenino, ni puso empeño en sublimar a la mujer presentándola como dechado de todas las virtudes, ni en denigrarla mostrándola como arcón de todos los vicios; se contentó, y ahí están sus obras para probar la justicia del aserto, con dibujarlas tal cual son, sin ahondar mucho en su modo de ser; y así nos las retrata en ocasiones tiernas y suaves, en otras traviesas y juguetonas, en ciertas obras taimadas y egoístas, y en otras nobles y rectilíneas. Esta diversidad de tipos, honra sobremanera a mi ver, el genio creador de

Alarcón, que no se atreve a inventar una mujer, sino que se limita a darle escénica vida, tal y como en el mundo se presenta. ¿No se ha comparado acaso, y desde tiempo inmemorial a la mujer con una flor? Pues si tiene la comparación grandes quilates de verdad, y esta creencia entró siempre en la caballeresca hidalguía ¿no hay flores de diverso perfume, no las hay sin él, y finalmente no vemos en las espontáneas manifestaciones de la naturaleza, junto a la aterciopelada y fragante rosa, la antipática floración del cardo silvestre?

Que para el autor que hoy festejamos nada hay tan hermoso en el mundo como esa bella mitad del género humano, nos lo demostrarán los siguientes versos de *Todo es ventura*.

No reina en mi corazón  
otra cosa que mujer,  
ni hay bien, a mi parecer,  
más digno de estimación.  
¿Qué adornada primavera  
de fuentes, plantas y flores,  
qué divinos respiandores  
del sol en su cuarta esfera,  
qué purpúreo amanecer,  
qué cielo lleno de estrellas  
igual a las partes bellas  
del rostro de una mujer?  
¿Qué regalo en la dolencia,  
en la salud qué contento,  
qué descanso en el tormento  
puede haber sin su presencia? (1)

Anticipándose a aquella poetisa, gloria también del suelo mejicano, a Sor Juana Inés de la Cruz, dice Alarcón, en la misma comedia, por boca de *Tristán*:

¿Qué es lo que más condenamos  
en las mujeres? ¿El ser  
de inconstante parecer?  
Nosotros las enseñamos;

(1) Acto III. Esc. IX.

que el hombre que llega a estar  
del ciego dios más herido,  
no deja de ser perdido  
por el *tropo variar*.

¿Tener al dinero amor?

Es cosa de muy buen gusto,  
o tire la piedra el justo  
que no incurre en este error.

¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer  
si ningún hombre porfía,  
y todos al cuarto día  
se cansan de pretender?

¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos  
si todos somos extremos?

Diffcil, lo aborrecemos,  
y fácil, no lo estimamos.

Pues si los varones son  
maestros de las mujeres,  
y sin ellas, los placeres  
carecen de perfección,

¿mala pascua tenga quien  
de tan hermoso animal  
hace mal ni le hace mal

y quien no dijere: Amén. (1).

De acuerdo con las ideas caballerescas de su tiempo,  
y con las universales de cortesía, virtud que naciera, para  
disipar con su perfume el acre olor de medioevales luchas,  
hácele decir al *Rey* en *La amistad castigada*.

Pésame de que en vos quepa  
tan indigno pensamiento,  
y quien es por nacimiento  
tan noble y cortés, no sepa  
que en tocando a la opinión  
de damas tan principales,  
aun los intentos mentales  
inducen obligación (2)

(1) Acto III. Esc. IX.

(2) Acto III. Esc. II.

con cuales versos afirma la opinión que versifica doña  
*Flor* en *Ganar amigos* cuando asegura

que es el honor cristal puro  
que se enturbia del aliento. (1)

La *Aurora*, de *La amistad castigada*, en demasía insi-  
nuante y clara, y al decirle *Ricardo*, uno de sus adoradores

Mucho me dais que temer:

ya llego a desconfiar,  
que es indicio de negar  
el tardarse en conceder.

contesta, con gracioso desenfado, en el que se hermanan  
impulsos del corazón con leyes del honor.

Ricardo, no puede ser  
el pecho que es noble, ingrato;  
y del amoroso trato  
conocida la verdad,  
ocultar la voluntad  
más es crueldad que recato.

La suspensión en mirar  
mil veces vuestros enojos,  
me ha dicho que por los ojos  
sabe el corazón hablar.

No os ha dañado el callar,  
antes en mi pensamiento  
adelantó vuestro intento;  
porque en los que amantes son,  
es sobra de estimación  
la falta de atrevimiento.

Y así, agora que a vencederos  
del celoso ardor llegastes,  
por lo que en temer ganastes  
no perdéis en atreveros;  
antes debo agradeceros  
el haberos declarado,  
pues no es de haberme estimado  
indicio menos forzoso

---

(1) Acto I. Esc. I.



el atreveros celoso  
 que el temer enamorado.  
 Y así os doy para tratar  
 esto a mi padre licencia,  
 que esto solo en mi obediencia  
 os queda por conquistar.  
 Si lo llegáis a obligar,  
 dad por hecho el casamiento;  
 mas si a vuestro pensamiento  
 reducirlo no podeis,  
 vuestra suerte culparéis  
 y no mi agradecimiento (1).

El poeta de rica fantasía y de impecable forma aparece en toda su gallardía en las siguientes lirás de *La prueba de las promesas*.

Hermoso dueño mío,  
 por quien sin fruto lloro,  
 pues cuanto más te adoro,  
 tanto más desconfío  
 de vencer la esquivaza  
 que intenta competir con la belleza;  
 la natural costumbre  
 en tí miro trocada;  
 lo que a todos agrada,  
 te causa pesadumbre;  
 el ruego te embravece,  
 amor te hiela, llanto te endurece.  
 Belleza te compone  
 divina, no lo ignoro,  
 pues por deidad te adoro;  
 más ¿qué razón dispone  
 que perfecciones tales  
 rompan los estatutos naturales?  
 Si a tu belleza he sido  
 tan tierno enamorado,  
 si estimo despreciado

(1) Acto II. Esc. V.

y quiero aborrecido,  
¿qué ley sufre o que fuero  
que me aborrezcas tú porque te quiero? (1)

No voy a fatigar al auditorio pasando en revista las obras todas del dramaturgo moralista, para entresacar y poner de bulto femeninos caracteres: bastarán al intento, como probanza de lo aseverado, unas cuantas muestras variadas, harto diferentes. Abramos al azar sus comedias.

Tres mujeres nos presenta en *Los pechos privilegiados*, una de las más pulidas de Alarcón. En ella, el mejicano por demás excelso, apadrina la popular idea de que en los pechos que amamantan, liba el ser humano sus futuras virtudes o bebe sus vicios futuros; y así una de ellas, *Jimena*, nodriza de *Rodrigo de Villagomez*, arquetipo de femenina nobleza, la comunica a su ahijado, que desde el comienzo al final de la acción procede cual cumplido caballero.

De las tres damas, la verdadera digna de estudio, la que nos atrae desde que aparece en escena, es la *Jimena*, la mujer del pueblo, de temple acerado y alma hombruna, la que encarándose con aquel a quien diera a beber el primer alimento de la vida, le dice entre insinuante y cariñosa:

Mi Rodrigo ¿qué tenedes?  
Esfogad conmigo el pecho,  
si vos miembra que del mío  
vos dí el primer alimento.  
Ama vuesa só, Rodrigo;  
a nadie el vueso secreto  
podedes mejor fiar;  
que como madre vos quiero.

Y ante el desaliento de su ahijado, se revuelve cual corza herida para decirle con salvaje braveza:

Si alguno desmesurado  
vos a fecho algún denuesto,  
e por secreto joicio

(1) Acto I. Esc. VI.

non vos cumpre el desfacello  
por vuestas manos, Rodrigo,  
magüer que ha tollido el tiempo  
tanta posanza a las mías,  
e que só fembra, me ofrezco  
a magullar a puñadas  
a quien vos praza, los huesos;  
que en toda nuesa montaña  
non ye leon bravo e fiero  
a quien yo, con los mis brazos  
non dé la muerte sin fierro (1).

Esta misma mujer, que por su grandeza se destaca del cuadro en que la colocara su autor, sabedora de que *Rodrigo* ama a *Leonor*, con amor noble y puro, a fin de decidir a la doncella a que corresponda a afecto tan casto, le dice:

Por la mi fe, Leonor, que yo vos quiero  
tanto de corazón, porque el mío fijo  
plañe por vuesto amor, que nin otero,  
nin prado, fuente, bosque, nin cortijo  
me solazan sin vos; e compridero  
fuera además, magüer que el Rey non quijo  
donar para las bodas su mandado,  
que las fagades vos, mal de su grado  
¿Qué puede lacerar en las sus tierras  
Rodrigo, si por novia vos alcanza? (2)

Elvira es ejemplar modelado con justeza y cariño, del viviente tipo de la dama noble y pura de aquellas edades, en las que a aviesas o mal encubiertas intenciones oponía siempre la honradez de su pensar y el recato de su proceder. Y así, ante la sospecha asaz fundada de que el Rey abraiga el intento de mancillar su honor, dice la altiva castellana al emisario del monarca:

Y así, si Alfonso me quiere,  
sin ser mi esposo, no espere  
conquistar mi honestidad;

(1) Acto II. Esc. VIII.

(2) Acto II. Esc. XVI.

que si con tal sangre y fama  
para esposa me juzgó  
pequeña, me tengo yo  
por grande para su dama. (1)

idea que luego repite casi al final de la obra al ver cómo  
acuchillarse quieren el rey de Navarra y el rey de León.

Si han de coronar la Infanta  
de Castilla tus leones,  
¿por qué impides que el Navarro  
la de Galicia corone?

Una para esposa eliges,  
y otra para dama escoges.

¿Eres cristiano? ¿eres Rey?

¿Eres noble... o eres hombre? (2)

La tercera dama, Leonor, es mujer débilmente deli-  
neada, no interesa. Sólo en una ocasión se encariña su  
creador con ella, y es en la escena XVI del acto II,  
cuando hablando con Rodrigo, dice entre otras cosas:

Holgárame que hubierais escuchado  
a Jimena culpar vuestros temores.

Mas no teme quien ama; y así puedo  
culpar en vos más el amor que el miedo.

parlamento que termina con este juicioso pensamiento que  
tiene todos los caracteres de sentencia:

..... que ya me habéis perdido,

pues nunca un mal amante es buen marido. (3)

A fuer de imparcial, y a pesar de mi sincera admiración  
por el genial dramaturgo, no me pesa hacer constar que  
tal profundidad de pensamiento en carácter tan solo abo-  
cetado, más que lógica se me antoja pegadiza y fuera  
de lugar.

Ya en otra ocasión me atreví a hacer pública mi  
sospecha de que Alarcón se pinta a sí mismo en esta obra.  
Las ideas que pone en labios de *Cuaresma* en el acto III  
lamentos son de quien se siente envidiado y sin justicia

(1) Acto I. Esc. VII.

(2) Acto III. Esc. XVII.

(3) Acto II. Esc. XVII.

zaherido. ¿Sería nuestro querido autor hombre de escaso valor personal? Casi el ánimo se inclina a deducirlo a juzgar por lo que le replica *Ramiro* al citado *Cuaresma*.

Otras tres damas nos presenta Alarcón en *Ganar amigos*: doña *Flor*, coqueta, fácil, ligera; doña *Ana*, valiente y noble, y la criada *Inés*, bien en su punto y sazón dada su condición social. La doña *Flor*, que en las primeras escenas demuestra tener cabal idea del honor femenino, no tiene reparo luego en acudir a una entrevista no muy en armonía con la indispensable prudencia: la dama que dice

Los nobles amantes son  
centinelas del honor  
de sus damas

forzada por el amor irreflexivo y desbocado, no titubea en mentirle a su hermano don Diego. No me avengo a copiar el larguísimo relato de la dama (1) que si patentiza argucia, pone al desnudo mal encubiertos y censurables deseos.

En halagador contraste con este tipo femenino, que más parece del teatro de Tirso que del de Alarcón, nos presenta a la nobilísima doña *Ana*, de cual temperamento se podrá juzgar con solo recordar un fragmento del parlamento que comienza así:

Los oídos y las puertas  
ha de tener siempre abiertas  
un rey que justicia guarda.

Para decir luego:

Y así mi juventud poco entendida  
pasaba en muda confusión la vida,  
cuando no sé qué sino  
qué adversa estrella, qué planeta airado,  
para mi mal, previno  
que al marqués don Fadrique, ese que al lado  
vuestro es Atlante desta monarquía,  
me fuese a visitar, a instancia mía.

---

(1) Acto I. Esc. XI.

Para un intento ajeno  
le llamé, bien lo sabe ¡Quién creyera  
que allí el mortal veneno  
de mi opinión y honestidad bebiera! (1)

No puedo seguir copiando, pues con vivir hoy en tiempos de mayor libertad, ésta, si el autor se estima, se sofrena mucho más que en aquellos siglos. El público actual no toleraría ciertas licencias de lenguaje de nuestros dramaturgos del siglo de oro.

Dije antes que una de las figuras femeninas más interesante del teatro alarconiano, es la *Teodora* de *El Tejedor de Segovia*. Este, o sea *Fernando Ramírez*, noble, y el plebeyo *Pedro Alonso*, dos nombres distintos y un solo personaje verdadero, es tan feliz creación, que mientras haya gustadores de la belleza se destacará de nuestro aéreo teatro como tipo perfecto de bravía nobleza. Al lado de esa figura escultural coloca el autor a la dama que con él comparte azares y peligros, ultrajes y aventuras. Pocas ternezas podremos recoger de los labios de *Teodora*, mas sí de arrojó al precipitarse a correr la suerte de su amado, y al inventar para librarle, argucia atrevida, con menoscabo, aunque sea momentáneo, de una de las cualidades que en mayor precio tiene cualquier leal amador, la fidelidad. En la escena IX del acto III en la que no vacila en fingir desvíos, ni en acumular insultos a fin de salvar la vida de su Fernando, muéstrase digna del hombre si noble, astuto y prudente, a quien consagrara por entero las ternezas de su alma.

No me es posible en este ligerísimo estudio mostrar a plena luz las ideas todas que referentes a la mujer fué desperdigando en sus obras nuestro exelso mejicano, mas como corolario a lo brevemente expuesto, añadiré que no desconocía las tiranías del discreteo entonces en moda, ni los diversos resortes de que a manera de llave se valen los amantes para aposentarse en el casto pecho de la mujer adorada. Es fácil probar recorriendo sus obras.

---

(1) Acto III. Esc. V.

que adivinaba sutilezas de argumentación, atrevimientos galantes, fogosas peroraciones y aun hipócritas sentimientos para adueñarse del alma femenina; el claro talento de nuestro autor acertó en el mayor número de los casos a pintar a la mujer, ya noble ya plebeya, rebosante de ternura, y dispuesta casi siempre al heroísmo.

Véase con que discreción y con que derroche de poesía, le dice don Ramón a la *Reina Petronila*, en *La crueldad por el honor*.

Petronila más hermosa  
que el alba entre nieve y grana,  
cuando siembra la mañana  
de clavel, jazmin y rosa,  
no condenéis rigurosa  
a quien vive de amor preso:  
mi disculpa está en mi exceso,  
y mi mérito en mi error;  
que no es verdadero amor  
el que no priva de seso.

A cuales palabras, y a otras que omito para no alargar ya más esta conversación, contesta la soberana:

Esos fundamentos son  
en vos, porque amais, bastantes  
que da ley a los amantes  
el amor, no la razón.  
Pero yo, que sin pasión  
lo miro, es bien que resista  
a tan injusta conquista,  
pues no puede disculparse  
el que deja despeñarse  
de un ciego, teniendo vista. (1)

El hombre que no amó, aquél que según algunos vivió tan alejado de la mujer, es quien escribe en *El desdichado en fingir* esta tiernísima declaración que más parece sentida que imaginada:

¿Dónde hay más dulces despojos  
que en mirarse, y por los ojos

(1) Acto I. Esc. VII.

leerse los corazones?  
¿Dónde hay el bien de un favor  
en recibirse y en darse?  
¿Un celar, un enojarse  
un reñir de puro amor?  
¿Un juntar palma con palma  
y los dedos entre sí  
trabados, decir así  
dos mil requiebros del alma?  
¡Dulce bien, grata alegría!  
¡Oh! ¡Quién con términos claros  
pudiera significaros  
lo que siente el alma mía!  
Que como esta mano veís  
que está en vuestra mano bella  
viérades mi alma en ella  
pues en ella la tenéis.  
Viérades cómo en el pecho  
secreto me martiriza  
tanto fuego, que en ceniza  
me tiene todo deshecho  
Pues no será sin razón  
que con la nieve que toco  
temple por la boca un poco  
el fuego del corazón. (1)

Permítaseme, aun sospechando vuestra fatiga, mostráros unos cuantos brillantes de la corona que ciñe D. Juan Rufz de Alarcón, para que conmigo gocéis unos minutos de sus aguas y de sus luces. Vienen zahumados con el eternal perfume del amor: oid:

Dícele el gracioso *Campana* a *Leonor* en *Los empeños de un engaño*:

¿No queréis que me turbara  
luego que a veros llegué,  
puesto que me deslumbré  
de ver el sol cara a cara? (2)

(1) Acto II. Esc. VII.

(2) Acto I. Esc. II.



Por cierto que estos versos recuerdan aquel conocido y antiguo cantar de autor anónimo:

Libres alcé yo mis ojos,  
señora, cuando os miré;  
libres alcé yo mis ojos  
y captivos los bajé.

Recuerdo éste, y otros que evocarse pudieran, que bien servirían para espolear a la moderna crítica a fin de demostrar lo mucho y bueno que le debe el teatro, a la musa jugosa, traviesa y picaresca del anónimo cantor, hijo del pueblo.

Volviendo al tema.

En *Los favores del mundo* le dice don García a Anarda:

En qué os habéis ofendido,  
reparad, señora mía,  
llamando descortesía  
lo que ceguedad ha sido.  
Ciego llegué de furor;  
que ¿quién, señora os mirara  
que suspenso no quedara  
o de respeto o de amor? (1)

En la misma obra discretean donosamente *Hernando e Inés*.

—Tu nombre saber deseo

—Inés.

— Decirte podré,  
según en mí no se qué  
siento después que te veo:  
un poco te quiero, Inés.

—A lo menos no dirás,  
pues que ya dicho lo has:  
yo te lo diré después.

—La lengua en amor osada  
es más dichosa y más cuerda,  
porque la mula que es lerda  
tarde llega a la posada.

---

(1) Acto I. Esc. III.

Enfermo es quien tiene amor,  
y es el doctor el amado;  
pues, ¿cómo será curado  
quien su mal calla al doctor? (1)

En *Mudarse por mejorarse*. el *marqués*, al notar que Leonor va a retirarse, habla de esta cortés y apasionada manera:

No quiero decirte aquí  
mi mucho amor, angel bello,  
pues basta para sabello  
sólo saber que te ví;  
no decirte que ya en tí  
fundo todos mis intentos,  
mis glorias y mis tormentos,  
pues sabes tú estas verdades,  
que no ignoran las deidades  
los humanos pensamientos.

No quiero, señora mía,  
pedir que paga me dés,  
que es bajeza el interés,  
la esperanza grosería.  
Solo merecer querría  
licencia para quererte,  
porque estimo de tal suerte  
tus altas prendas, Leonor,  
que se contenta mi amor

no más que con no ofenderte. (2)

Al recorrer atentamente la labor escénica de Alarcón, al estudiar sus comedias con ansias de fijar de una vez por todas las tendencias de su musa siempre inspirada, y de su fantasía siempre luminosa, saltan a la vista dos hechos dignos de que sobre ellos recaiga la pertinaz investigación de la futura crítica: ellos son: primero que los hombres de nuestro autor son siempre, o casi siempre, superiores a las mujeres; y segundo que el amor, que no respeta clases ni gerarquías, que lo mismo se anida bajo

(1) Acto I. Esc. XI.

(2) Acto II. Esc. II.

el peto del indomable guerrero que só el pellico del humilde pastor, golpeó también en el pecho del ilustre mejicano; y de que amó en silencio, y que más de una vez el desengaño ante un femenino desvío le recordó su poca gentil apostura, hay claras alusiones en varias de sus comedias. Otro de corazón menos magnánimo y de alma menos noble, al verse desdeñado un día y otro, al comprender que no le era dado gustar las delicias de un amor puro y desinteresado, avinagrando su carácter lo hubiese convertido en flajelador de femeninas debilidades y en mordáz satírico del bello sexo. Y ello no es así, antes bien, la reposada lectura de su producción dramática pone al desnudo precisamente lo contrario, esto es, que el joven autor, que en sus primeras comedias se complace en inventar pecaminosos deslices y censurables liviandades, tuerce pronto de rumbo, y templando su musa al compás de la prudencia de los años, sin que personales contratiempos obscurezcan a su vista las altas prendas de la mujer, se recrea en mostrarla buena, noble, pura, digna de loa y firme sostén de alientos varoniles.

Cabe aún hacer notar otra circunstancia que acrece el valer moral del egregio dramaturgo.

Fué maltratado, zaherido fué por sus contemporáneos, émulos y competidores, pero a pesar de ello, aun los que más pullas le dirigieron, los que más se afanaron por poner de relieve sus físicos defectos, los que más trabajaron para oponerse al logro de sus aspiraciones, intentando probar lo advenedizo del personaje, enmudecieron ante la severa moralidad de Alarcón, sin siquiera atreverse a inventar amorosos devaneos. La crítica contemporánea y la posterior nos hablan de los amores de Lope, de Herrera, de Quevedo; en cambio, si a la luz de sus obras se pueden sospechar los de Alarcón ¿quién conoce el nombre de la dama que se adueñó de su alma, y que inspiró su musa tan plétórica a veces de dulcedumbres y ternezas?

De cuanto acabais de oír, propio y copiado de las mismas obras de Alarcón, podremos deducir que si no fué nuestro autor acabado maestro en el arte de pintar

mujeres, ya que no es fácil señalar a las que creara caracteres especiales que las distinguan de las de sus afortunados rivales, en cambio nos las va mostrando diversas, tal y como en el mundo se presentan, satirizando a las fáciles y ensalzando a las virtuosas, deleitándose más en éstas que en aquéllas, porque fué su pecho amplio arcón de nobilísimos sentimientos y honradísimas ideas.

Y en esto creo deber mio apoyar, tanto para que no demos absoluta fe a lo afirmado por Hartzembusch, quien supone que las damas de Alarcón pecaban tal vez de egoístas y prosaicas, cuanto para legitimar triunfos y lamentar envidiosas censuras.

Quizás porqué las mujeres, con la esquisitez de sus sentimientos, avaloraron más que los hombres las tendencias éticas del insigne mejicano; tal vez porque con su aprobación al dramaturgo querían hacerle olvidar al hombre desvíos más o menos comprensibles, lo cierto es que el estruendo de pitos y llaves de impacientes mosqueteros o de turbulentas muchedumbres, no fueron parte a lograr que de la alarconiana musa se desviara el elemento femenino, antes al contrario, él fué quien con sus aplausos alentó al zarandeado autor y puso la brocha en manos del incógnito ensuciador de paredes, para que en ellas escribiera

Víctor don Juan de Alarcón  
por su comedia famosa  
de *La verdad sospechosa*.

Cansadas estarían las damas de aquella época de verse retratadas por pintores que solo acertaban, o a presentarlas moralmente muy al desnudo, o a mostrarlas en demasiada tímidas, cuando no en exceso tiranizadas; y entonces lógico es creer, que ante la nueva tendencia dramática, al escuchar aquel amoroso derroche de poesía, al notar que el ilustre indiano, sabía velar defectos, disculpar ligerezas, trazar heroísmos y agrandar virtudes en femeninos pechos, brotase franca la gratitud que se esteriorizaba en aplausos y vítores; que fué siempre aquella virtud engendradora de nobles entusiasmos.

Contraste es que invita a seria reflexión: con ser el hombre mejor estudiado por Alarcón, es la mujer la que más agradecida se le muestra. ¿Anduvo en ellos la envidia que no podía albergarse en los corazones de sus admiradoras? Doylo por cierto.

Hora es ya de terminar, antes de que llegue a mostrarse vuestro cansancio.

Bendita sea, Sras. y Sres. mil veces la tierra americana en la que el Supremo Creador volcara a brazadas las maravillas y a millares los encantos, esta tierra que bien pudiera creerse surgida del atlántico cataclismo para inspirar en lengua castellana, que es el idioma de los dioses, los tres poemas más grandes de la épica española; para arrebolarse de luces la poética fantasía de Sor Juana Inés de la Cruz; para que diese vida a D. Juan Ruíz de Alarcón, que por propio derecho se sienta al lado de los tres colosos de la escena hispana, de Lope, de Tirso y de Calderón, y para que sea finalmente, como es ya hoy, la risueña esperanza del conturbado y febricitante viejo mundo.

He terminado.

R. Monner Sans.